

«Digo, es un decir»

Todo lo que llevo dicho hasta aquí
es mentira.

Vallejo (octubre de 1926)

Digo, es un decir.

Vallejo (agosto o septiembre de 1937)

I

En 1963, Thomas Merton, «poeta y ensayista norteamericano» que «se distinguía por la singularidad de ser un monje trapense», escribía a su compatriota Clayton Eshelman, también poeta y ensayista, aunque una generación más joven y discípulo, no de Rancé, sino de Wilhelm Reich, quien tenía en mente verter *Poetas Humanos* al inglés: «Es Vallejo, según creo, el poeta más universal, más católico y universal de todos los poetas modernos, el único —¿quién sabe? desde Dante— que es en todo como Dante», o sea: «un gran poeta escatológico, con un profundo sentido del fin y, asimismo, de los nuevos comienzos (acerca de los cuales no se pronuncia)».

Juicio algo sorprendente, pero que no sorprendió, cuando se enteró, a Juan Larrea, a la sazón director del Instituto del Nuevo Mundo de la Universidad de Córdoba, República Argentina, el cual se apresuró a recogerlo, en el núm. 5-6-7 de *Aula Vallejo*, publicación periódica, destinada en principio a «centralizar el interés» que «en todas partes» suscitaba «la figura y la obra» del poeta peruano, en realidad a promover una imagen de Vallejo adscrita a las tesis «teleológicas» que el propio Larrea venía desarrollando desde que, en 1930, descubrió por primera vez América en un viaje al Alto Perú, y sobre todo desde que, en 1939, a raíz de la tragedia española, volvió a tierras colombinas para quedarse: México, luego Estados Unidos, y por último Argentina.

Hasta principios de los 70, la audiencia de *Aula Vallejo* no fue mucha: limitada a los círculos cordobeses agitados por Larrea y a aquel sector del vallejismo que concurrió a una u otra de las citas que su Instituto celebró, en 1959 y en 1967.

Personalmente me tocó participar en la segunda. Conocía a Larrea desde 1951 y el Congreso Internacional de Peruanistas realizado ese año en Lima. Habíamos mantenido relaciones hasta que en 1957 dejé el Perú. Las reanudamos en 1965 cuando pasé a vivir a Buenos Aires y tuve la oportunidad de visitarlo, poco después, en Córdoba, donde me dedicó, en calidad de «vallejista y amigo», los «vaticinios» de su *Teleología de la Cultura*, que acababan de editarle en México. Ya, en otra ocasión, expliqué por qué, a la hora de contribuir al Coloquio del 67, dedicado al *Humanismo de Vallejo*, opté por disertar sobre *Vallejo y el Surrealismo* y lo hice en la forma, un tanto polémica.

ca, que había de molestar a Larrea, por más que puntualicé que no era ni había sido nunca «surrealista» y marqué lo que me separaba de la filosofía del grupo.

Yo había procurado entablar un diálogo con el dueño de nuestro certamen, pues compartía su preocupación del *fin*, si bien me oponía al giro optimistamente *neomúndico* que le daba, escudándose para tal en una interpretación de Vallejo con la que me era imposible concordar. Larrea eludió cuanto pudo ese diálogo.

De cualquier manera, la prensa local se hizo eco de nuestras diferencias, pero nada de lo dicho en Córdoba repercutió en Buenos Aires, cuyo medio intelectual —me había sido dado comprobarlo— generalmente ignoraba los trabajos de Larrea y, a pesar del tiempo transcurrido, hasta su presencia en Córdoba.

Era para romper el círculo de la ignorancia porteña, que se le estaba haciendo insostenible, que Larrea había convidado a la última reunión de su Instituto a Ramiro Casasbellas, director de *Primera Plana*, el semanario argentino de más prestigio, y de más influencia en la capital. A pesar de que ya se pusiera a «refutar» pormenorizadamente mi ponencia del Coloquio Vallejiano, con el propósito confeso de «hundirme» junto con Breton,¹ como no disponía de otra antena, acudió todavía a mí para que verificara por qué, de regreso a Buenos Aires, Casasbellas no había dedicado el menor comentario al encuentro cordobés.

Copio un párrafo significativo de una de las dos cartas que me dirigió: «Lo de *Primera Plana* es para mí y para quienes actuaron de secretarías durante las Conferencias el más tupido de los misterios. Casasbellas es un vallejista, aunque no extraordinariamente inspirado, absolutamente convencido. Se esperaba que echara la revista por la ventana, razón por la cual, junto con la carencia de verdaderos estudiosos de Vallejo en la Argentina, se lo invitó. No parece haber en su semanario oposición a Vallejo. ¿Oposición a quién? A mí, a mis tesis revolucionarias en el orden del Espíritu, y frente a las cuales se viene adoptando desde muy largos años la política de apagarlas? No imagino en ese caso de parte de quién, a no ser que de pronto y vaya a saber por qué sea el propio Casasbellas. Siéntase un poco Sherlock Holmes y averigüe».

El que primero contribuyó a sacar a Larrea de su aislamiento cordobés fue otro de los participantes del Coloquio, Uruguay González Poggi, cuando organizó, en 1970, en la Biblioteca Nacional de Montevideo, una Exposición en cuyo ámbito lo convidó a dictar un ciclo de conferencias sobre el tema: *César Vallejo, héroe y mártir indohispano*. Paralelamente, adquiriría crédito en Buenos Aires un discípulo de muchos años de Larrea, Felipe D. Obarrio, quien, por un raro fenómeno de mimetismo, se había apropiado, tanto como su sentir y su pensar, la práctica estilística de su prosa. En 1972, *La Nación* acogía, en su Suplemento Dominical, un primer artículo del mismo, que, con base en «los testimonios de los más sensibles poetas-profetas, como Dante, Blake, Shelley, Novalis, Whitman, Rimbaud, Daño, Vallejo y contemporáneamente, de un modo ya racional, consciente y esencialmente cultural, Larrea»,² auguraba «la inminen-

¹ Dicha «refutación» ocuparía las sesenta páginas del folleto «César Vallejo frente a André Breton» (Córdoba, 1969) y las doscientas de «Respuesta diferida», que salió en el n.º 8-9-10 de *Aula Vallejo* (Córdoba, 1971), a continuación de las actas del Coloquio de 1967.

² *La cursiva es mía.*

cia del advenimiento de una realidad superior», ya en ciernes, «aquí, en América, Nuevo Mundo, Cielo y Tierra nuevos, allende las columnas hercúleas que ponían fin al mundo antiguo, el mundo bidimensional de Asia-Europa, único existente al tiempo de escribirse el Apocalipsis joanino, aquí, en América del Sur, continente nativo de Vallejo y lugar geográfico donde, decenas de años antes de que fuera descubierto por Colón, Dante había situado el Paraíso de lo Humano, de lo cual *como destaca Larrea*² en su ensayo *Sobre el Canto Errante*, se percató muy agudamente el mismísimo Bartolomé Mitre,³ y por su intermedio, nada menos que el extraordinario Rubén Darío».

En dos entregas sucesivas del mismo Suplemento de *La Nación*, saldría luego el comentario, de carácter recapitulativo como cualquiera de los suyos, que le inspiró a Larrea la «exhumación», por el ya citado González Poggi, del poema *Trilce*, primitivamente publicado, en 1923, un año después del libro homónimo, en la revista *Alfar* de La Coruña.

No le quedaba a Larrea sino esperar que la Providencia, que lo trajera al mundo tres años después de Franco, le concediese sobrevivir a aquel «infiel» que, el 18 de julio de 1936, «se trasladó vestido de moro»⁴ de Canarias a Africa⁵ el tiempo necesario para permitir la difusión en España, «al amor de Vallejo», y subsidiariamente de Darío, de Unamuno, de Huidobro, de León Felipe, etc., de sus pronósticos de un Nuevo Mundo a partir del Nuevo Mundo americano.

Ya se había anticipado, autorizando en 1970 la publicación en Barcelona, después de Torino, de *Versión Celeste*, el conjunto de sus poemas de 1919-1932, en los que, «tras un tercio de siglo» de abandono, llegara a discernir «el impulso irreversible hacia (una) universal e intrínseca allendidad» que desde entonces regía su existencia (*VC*, p. 43).⁶

Entre la primera muerte del Generalísimo (julio 74) y la segunda y definitiva (noviembre 75), Larrea suscribió el prólogo, de tono conminatorio,⁷ con que se preparaba a lanzar en la Península, bajo el título *César Vallejo y el Surrealismo* y con el sello de la editorial Visor (Madrid, 1976), la reimpresión de la *Respuesta diferida* que men-

³ *Presidente de Argentina de 1862 a 1868, intérprete de Dante y, entre otras cosas, fundador de La Nación. Darío le dedicó un poema en su cumpleaños de 1898 y exaltó su memoria, a la hora de su muerte, en 1906.*

⁴ *La precisión es importante, pues en toda su prédica teleológica Larrea siempre demostró una especial inquina contra «el mahometismo».*

⁵ *De Recordatorio Español, texto de 1954.*

⁶ *Mis citas, en adelante, procederán de: Profecía de América (1938), reproducida en Vélez y Merino, España en César Vallejo, t. 1 (Madrid, 1984), ECV; La Espada de la Paloma (1953), reproducido en Angulos de Visión (Barcelona, 1979), EP-AVis; Recordatorio Español (1954), id., RE-AVis; César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su razón (Córdoba, R.A., 1951), CVHCR; Aula Vallejo 1 (id., 1961), AV 1; Aula Vallejo 2-3-4 (id., 1962); AV 2; Aula Vallejo 5-6-7 (id., 1967), AV 5; Aula Vallejo 8-9-10 (id., 1971), AV 8; Aula Vallejo 11-12-13 (id., 1974), AV 11; Teleología de la Cultura (México, 1965), TC; Versión Celeste (Barcelona, 1970), VC; Prólogo a un libro de Ernesto More (1971), reproducido en Poesía 20-21 (Madrid, 1984), PEM-Po; César Vallejo, héroe y mártir indohispano (1973), reproducido en Angulos de Visión, CVHM-AVis; y César Vallejo, Poesía Completa, Barral ed. (Madrid, 1978), PCB. Ocasionalmente, Ángel Flores, César Vallejo. Síntesis Biográfica (México, 1982), AFI.*

⁷ *«Pues bien, lector que has llegado hasta aquí, tira este libro si te atreves. Quema inquisitorialmente, si te atreves y te es posible, sus contenidos, en la creencia de que así destruyes el porvenir cósmicamente indescriptible del destino hispánico y del globo.»*

cioné más arriba (nota 1). Simultáneamente, convencía a Barral que le confiara la edición, en su serie Biblioteca Crítica, de la *Poesía Completa* de Vallejo —edición para la cual contó con la «asistencia» de Felipe Obarrio, entretanto promovido a Fiscal de la Cámara Federal de la Nación Argentina—. Debidamente «fiscalizada», la obra salió en Barcelona en 1978; se trataba de la primera edición en un solo tomo, materialmente cuidado, en tanto incorporado en una colección prestigiosa, que se publicaba en España de la totalidad del *opus poético* vallejiano, incluyendo los «poemas juveniles», los «poemas esporádicos», y cuanto se conoce de «primeras versiones» de *Los Heraldos Negros* y de *Trilce*, así como de *España, aparta de mí este cáliz*.

Con todo, ya desde el punto de vista textual, a pesar de sus méritos, tendía a ilusionar al lector desprevenido cuanto pretendía imponer como «científicamente» establecida, una ordenación de los otrora llamados *Poemas Humanos*, ahora distribuidos entre *Nómina de Huesos* y *Sermón de la Barbarie*, si no absolutamente arbitraria, que hubiera merecido discusión.

Los responsables de Barral habían evitado lo peor al exigir de Larrea que ese primer volumen integrara el conjunto de los versos, dejando para un segundo, que probablemente ellos nunca tuvieron la intención de programar, «el tratamiento» minucioso con el que quería acompañarlos (*PCB*, p. 539). De cualquier manera, la extensión del mismo consintió que el texto de Vallejo quedase sepultado bajo un comentario decididamente *terrorista*, que, desde su primera hasta su última línea, distribuía, entre truenos y relámpagos, una verdad caída de lo Alto, aun cuando el Jehová tonante que la administraba se distraía en tejer consideraciones algo arriesgadas sobre «la experiencia erótica de Vallejo en el Perú», o en saldar la vieja deuda de odio que mantenía con «la persona con quien Vallejo llegó a contraer matrimonio» (*AV* 11, p. 184).

II

El problema con Larrea está en que él es «la persona» que ha escrito más páginas sobre Vallejo, cuya obra le era como a nadie familiar, no sólo porque, de hecho, fue un tiempo el amigo del alma del poeta, sino porque, desde el día siguiente de su muerte, se puso a leer y releer su obra hasta sabérsela de memoria, volviéndose capaz de manejar con brillo el sinnúmero de sus correspondencias, así como de poner en evidencia, a través del análisis del detalle, muchos significados nuevos e iluminativos. Lo digo con toda buena fe, pues, cuando me he vuelto albo de sus furias por determinadas interpretaciones de tal o cual verso críptico de Vallejo, no he vacilado, en dos oportunidades por lo menos, en reconocer lo acertado de su crítica, si bien no los oscuros designios que, para explicar mis yerros, intentaba asimismo achacarme.

Tal vez, un día, alguien se dé el trabajo de revisar tantos folios que su «amor» singular de Vallejo le dictó a Larrea a partir de 1938, con el objeto de separar lo bueno de lo malo, o sea todo lo que en ellos es susceptible de secundar la lectura de la *poesía* vallejiana, de todo lo que, al contrario, es susceptible de perturbarla. Hasta que llegue ese día, uno se ve forzado a denunciar el intento que globalmente representa de sujetar dicha lectura a la *Weltanschauung*, previamente formada, del *exégeta*.

Ya advertí que Larrea empezó a idear lo que vendría a ser el *sistema* de su vida, y

conjuntamente de su espíritu, en aquellos meses de 1930-31 que pasó en el altiplano andino, cerca del Titicaca, entre Cuzco, Puno y Arequipa. De regreso a Europa, más precisamente a París, se puso a escribir «torrencialmente» (AV 11, p. 210), «a resultas de (una) experiencia» —la que conoció en el Perú— «que le había desencadenado los mecanismos cerebrales».

Vallejo se encontraba entonces en Madrid; acababa de publicar *El Tungsteno*, su «novela proletaria», y *Rusia en 1931*, «reflexiones al pie del Kremlin», y se preparaba para un último viaje a la URSS, como invitado al I Congreso Internacional de Escritores. Inscrito en el Partido Comunista Español, se había persuadido, al cabo de largas cavilaciones, que debía sacrificarlo todo, transitoriamente, a la causa de la «revolución mundial». En efecto, aceptaba que la historia podía estar a punto de alumbrar una sociedad finalmente capaz de abolir la explotación del hombre por el hombre y de dar a cualquier hijo de hombre la posibilidad de vivir humanamente. Su fe en la inminencia de tan magno suceso era lo que lo impulsaba a dictaminar, con su Servando Huaco, que «lo único que podían hacer», entretanto, los intelectuales era «hacer lo que les dijese» los pobres, los obreros: «Más tarde, ya se vería».

Porque habría un «más tarde». Aún en el momento de su más total dedicación a la lucha partidaria, de acuerdo con lo que consideraba como «la rigurosa experiencia histórica» del «materialismo dialéctico», Vallejo seguía interrogándose acerca del marxismo. En las propias páginas de *Rusia en 1931*, se sentía obligado a «zanjar las fronteras históricas y sociales entre la revolución proletaria y el proceso religioso de la época», pues no dejaba de preocuparse por el «más tarde», cuando volvería a plantearse, más aguda que nunca, la pregunta: «¿Resuelve el marxismo los múltiples problemas del espíritu? ¿Ha enfocado toda la esencia humana de la vida? Su aspecto científico ¿abastece y satisface a las necesidades extracientíficas y, sin embargo, siempre humanas y, lo que es más importante, naturales de nuestra conciencia?»

Lo que lo llevaba a manifestar que, bien podía «la revolución socialista», para realizarse, tener que luchar «contra tales o cuales obstáculos sociales, derivados del sentimiento o interés religioso imperante en determinada colectividad», «lo hacía solamente desde un plano político y económico», sin «tomar ningún partido» ni «fincar ninguna perspectiva sistemática y militante en contra ni en favor del sentimiento religioso, ni por su subsistencia ni por su fin». «La palabra de orden *La religión es un opio para el pueblo* no tenía sino un alcance táctico»; a la revolución «no le concernía saber la suerte que tendrían las creencias religiosas en el porvenir».

Se entiende que, en la primera carta enteramente suya⁸ que le escribió a Larrea cuando supo que había regresado de América, después de casi dos años que no se comunicaban, le explicará que la *política*, a la que, en el intervalo, había ido «por el propio peso de las cosas y sin que estuviese en sus manos evitarlo», «no había matado totalmente lo que él era antes»: «He cambiado, seguramente, pero soy quizás el mismo. Comparto mi vida entre la inquietud política y social y mi inquietud introspectiva y personal y mía para adentro».

⁸ Anteriormente le había escrito otra «a medias con Gerardo Diego».

Desde que la divulgó, en 1957, Larrea esgrimió repetidas veces esa carta, con todo derecho, para demostrar contra tirios y troyanos, y especialmente contra Georgette Vallejo, algo que no necesitaba mucha demostración: que la actividad militante nunca representó para Vallejo un absoluto y que, si bien llegó, en 1931, a renunciar por ella a sus otras actividades, fue en forma provisional, con miras a acelerar el triunfo de la revolución, a sabiendas de que, una vez alcanzado ese triunfo, quedaría por definir «en qué medida y hasta qué punto» el marxismo tenía aptitud para «salvar a la humanidad»: para dar satisfacción a todas sus «necesidades», las «extracientíficas» como las «científicas».

Con menos derecho, se ha valido Larrea de esa misma carta para sostener que Vallejo, durante su permanencia en Madrid, se alistó en el combate político (hasta dedicarle todo su tiempo), tan sólo por «las dificultades apremiantes y los naturales compromisos» de su situación de exilado: «Necesitaba apoyo y lo buscó en el partido. Eso y no otra cosa es lo que decía, lo cual se ajustaba a la mera verdad» (AV 5, p. 353).

No me detendré. Advierto únicamente que, al glosar una y otra vez un documento, desde luego, particularmente expresivo, Larrea propendió siempre a escamotear dos párrafos: aquellos en que Vallejo se quejaba de lo que, a su ver, Madrid tenía «de aburrido, de vacío y de aldeano» y, sobre todo, declaraba la mediocre confianza que le merecía «la revolución española»: «el nuevo Rey Niceto I» y «la dictadura del *General Azaña*». Un escamoteo nada sorprendente, por parte de quien consideraba altamente «simbólico» que Vallejo haya estado «presente en Madrid el 14 de abril» para dejar «explotar» su «entusiasmo» junto con el pueblo «cuando cayó como del cielo esa República popular que tan honda importancia desempeñaría pocos años después en el tramo final de su experiencia y en su tránsito» (PCB, p. 89).

Es cierto que, en 1936, frente a la agresión de la «barbarie» que amenazaría, entonces, a España, después de Etiopía, y simultáneamente con China, Vallejo identificará la «causa de la República española» con la del pueblo español, el cual lo hará olvidarse del etíope y del chino, no bien se convenza, como «iberoamericano», de que España, que en el pasado «había sacado de la nada un continente», estaba en el presente «sacando de la nada al mundo entero»,⁹ y llegue paulatinamente a proclamar «el mundo español hasta la muerte» y a «querer desgraciarse» para acompañar la «marcha», en son de «agonía mundial», de los «voluntarios» de su República. No es menos cierto que, en 1931, había acogido el nacimiento del nuevo régimen con el mayor escepticismo, sin pensar ni un momento, como lo pensó Larrea, que «era en lo intrínseco un régimen de paz», con el cual «espontáneamente volvía a dar renuevo en la historia el ideal anti-quísimo que puso nombre a Jerusalem, *ciudad de la paz*», y luego «asistió con su razón al judeo-cristianismo» (RE-Avis, p. 435).

Larrea no ignoraba el pormenor, ya que él mismo contribuyó a que se conociera. Pero, en ese caso, como en otros, no vaciló en torcer los hechos porque daba por asentado que conocía a Vallejo mejor de lo que Vallejo había podido conocerse.

⁹ «La responsabilidad del escritor», en C.V., Desde Europa (crónicas y artículos), ed. de Jorge Puccinelli, p. 445.

Escuchémoslo: «Lo que me atrajo en Vallejo cuando lo (encontré) en París en 1924 y me hizo amigo suyo fiel hasta tenerme a los pies de su lecho en el instante de su muerte, lo que fundamentalmente sigue manteniendo encendido su recuerdo, fue cierta emanación de inocencia candorosa, llena de gracia inefable que de él se desprendía solicitando el fondo individual de la ternura hasta las lágrimas» (*CVHCR*, p. 14).

El trecho es emocionado, e indudablemente conmovedor, pero no lo suficiente para que se nos oculte lo que, al mismo tiempo, tiene de sospechoso. Desde un principio,¹⁰ en efecto, insistía en la «ingenuidad infantil» del poeta, a la vez que insinuaba que entre Larrea y Vallejo existió una intimidad más o menos continua y apoyada en intereses comunes —lo que está muy lejos de corresponder a la verdad—. Destacar de entrada que Vallejo, *poéticamente* entregado a la experiencia de la «orfandad», *humanamente* nunca dejó de moverse como un «niño», lo autorizaba así a Larrea a alternar, cuando se refería a él, la devoción y la condescendencia: «Era un auténtico valle de lágrimas», «el llanto constituía su mejor defensa, sino la única» (*id.*, pp. 14-15); y: «No parecía haberse desprendido de la idea del niño que entiende de consumir los bienes de sus progenitores, mas no de ganarlos», «en muchas y largas ocasiones no tuvo inconvenientes en vivir a espaldas de los demás» (*AV* 11, p. 209), satisfaciendo una «ingénita propensión parasitaria» (*id.*, p. 210).

Lo del «niño» en Vallejo, en su segundo aspecto, era lo que, buenamente, explicaba, para Larrea, que, «a brazos desde mediados de 1928» con «un estado psicossomático deficiente», a fuerza de «deslices», él acabara por pasarse «con armas y bagajes al materialismo histórico»: «En su contexto (del materialismo) le era dado entender los desastres de su existencia y abrigar esperanzas de su inmediata solución mediante el colapso del capitalismo y el triunfo de la revolución universal que juzgaba a la vuelta de la esquina» (*AV* 11, p. 200). Lo demás, y especialmente que «manifestara convencimientos solidísimos», contrarios al «idealismo bastante ingenuo» que propiamente lo constituía, «y hasta un radicalismo destructor», «en discrepancia con sus entretelones amorosos», fue fruto de la «influencia» de la «dulce niña» con quien se había comprometido (*id.*, p. 289), porque, a pesar de presentar «aristas inflexibles y tajantes», ella «ofrecía para César muchos aspectos seductores»: amén de su «juventud, saludable y de buen ver», que «se le entregó virgen», el que disponía al principio «de algunos medios económicos», que concordó en «despilfarrar» en un «dispendioso viaje a Rusia, Checoslovaquia, Austria, Italia y la Costa Azul», para mejor «clavarle», «en las partes blandas de su personalidad», un «anzuelo» que, «no obstante sus forcejeos, a veces desesperados, lo fue sacando poco a poco ya se sabe a qué despiadada orilla» (*AV*, 11, pp. 201-3-5-6, y *AV* 5, p. 348).

Es probable que, en sus años de *poeta* —los dos números de *Favorables*, que publicó en 1926 precisamente con Vallejo, bastarían para certificarlo—, Larrea fue sensible a una u otra forma de *humorismo*. Parece haber dejado de serlo no bien la «crisis de profundidad» que en seguida sufrió «se acercó a la cuchilla divisoria donde había de iniciarse en su experiencia la otra vertiente» (*AV* 11, pp. 201-2).

¹⁰ Es de 1957 y pertenece al primer «discurso» con que Larrea inició su cruzada vallejana en pro de un Vallejo neomundíco, casi veinte años después de haberla anunciado en Profecía de América.

Cuando, en enero de 1932, de vuelta del Perú, recibió en París la misiva en que Vallejo, desde Madrid, para facilitar el reinicio de sus relaciones, procuraba dilucidar hasta dónde había «cambiado» —*seguramente*— aunque —*quizá*— siguiese «siendo el mismo», se le escapó a Larrea que el «hermano» manejaba ese *humorismo* tan sui generis —tierno, o mejor dicho «ternuroso», pues hasta creó un vocablo para caracterizarlo— que no siempre la crítica ha sabido detectar en su poesía y que, por fortuna, en su vida también, le sirvió de «defensa», no menos que el «llanto», contra «el ser así» —«el éste y el aquél»— «lo que es sin poder ser negado».

Ya en 1928-29, estando ambos en París, no obstante la «hermandad» que los unía, Larrea y Vallejo habían empezado a seguir rumbos distintos, cada cual «incrustado en sus problemas» que el otro no podía ayudarle a resolver: «Sólo nos veíamos por casualidad»; era «como si César y yo fuésemos dos *hermanos* que vivieran, no en dos barrios, sino en dos ciudades distantes entre sí» (AV 11, p. 201). Pasados dos años —1930-31— en que la distancia había asumido proporciones continentales, era natural que Vallejo «ardiese en deseos de abrazar» al *hermano* para hablar con él de América y «asomarse a su nueva vida y a su nuevo espíritu y a sus nuevos ojos». Aprovechaba para adelantarle las novedades que él había experimentado. Lo hacía, desde luego, con algún recelo; de ahí que ironizara pudorosamente sobre su «ida a la política», de ningún modo en plan de disculpas, como lo interpretaría Larrea.

No tardó en darse el reencuentro, pues Vallejo, pocos días después, regresó intempestivamente a París, y los dos amigos «pudieron conversar con holgura» (AV 11, p. 208), y asimismo «cotejar los puntos de vista» (*id.*, p. 210) a que, uno y otro, habían llegado relativamente al destino del hombre y al próximo paso de su historia. Aunque le quedaba mucho por experimentar, tanto vital como intelectualmente, para corroborarlas, Larrea había adquirido sus «convicciones definitivas», y entre él y Vallejo «el cotejo de puntos de vista» resultó, a la postre, un diálogo de sordos: «Yo intentaba, pero no podía hacerle comprender a Vallejo que sobre la existencia de los hombres se cernía otro mundo de realidad», «más alta y sutil» que la que encaraban los autores marxistas: un mundo que «podían entender mejor los poetas que los políticos», y que, por otro lado, «América y no la Unión Soviética era el lugar predestinado para la transformación de la especie» (*id.*, p. 211).

Lo fundamental es lo que sigue; «César me oía con una oreja entornada. Aunque lo de los poetas y lo de América le sonreía positivamente y me pedía aclaraciones y precisiones, pensar que él, César Vallejo, pudiera estar haciendo algo distinto de lo que su conciencia se proponía, era cosa que no le cabía en la cabeza. Creo, en términos generales, que él tan propenso por idiosincrasia a lo absurdo, se había encasillado en un horizonte de razón, mientras que yo evolucionaba en el de la imaginación en libertad donde se organizan y desprenden sentido los azares aparentes» (*id.*).

Olvidado de que explicara que el principal motivo por el cual Vallejo «había ido a la política» era, junto con la «influencia» de su mujer,¹¹ el apremio económico, sin que eso impidiera que siguiese encendida su «inquietud introspectiva y personal y suya para adentro», Larrea presentaba ahora a Vallejo como presa de un «horizonte» pura-

¹¹ Y ocasionalmente la de Armando Bazán, pero sería otro cuento, del que prefiero prescindir.

mente racional, al que tontamente se aferraba, malgastando la oportunidad que le ofrecía su «hermano» de abrirse al «horizonte» superracional de lo imaginario, que era el único que debía interesarle. De no haber Vallejo «entornado la oreja» ¡qué diferente podía haber sido su suerte, sobre todo si, como consecuencia de su conversión a la fe del amigo, hubiese «logrado desprenderse de Georgette» (AV 11, p. 210) y escapar, así, al «lento calvario» que, «cargado con tan pesada cruz» (*id.*, p. 208), iba a ser su vida en adelante!

No se limitó Larrea a tratar de ganárselo a Vallejo argumentando de viva voz, sino que, con el pretexto de «ayudarle, aunque muy modestamente», en sus apuros (*id.*, p. 211), «le dio a copiar en limpio» las páginas de *Orbe*, libro en que estaba consiguiendo «los productos que le parecían revolucionarios en el orden trascendental» de su experiencia americana: «Presumía que la vida de César, tan entrelazada en varios, profundos e inusuales aspectos a la mía, y no obstante sus convicciones político-sociales, pudiera estar coordinada con el sentido ulteriorizante de mis sucedidos en el Perú» (*id.*).

Conviene destacar que, desde siempre, Larrea consideró que la crisis que lo sacudió a partir de 1926, y de la que fue emergiendo, en 1930, a las alturas andinas, no atañía sólo a su destino personal, sino también al de la humanidad en su conjunto. De ahí el carácter inmediatamente *terrorista* de su discurso, carácter que —como lo apunté— seguiría hasta el final, y del que Vallejo fue, en 1932, el primer destinatario —la primera víctima—.

Lo cierto es que todos los esfuerzos de Larrea para convencer a Vallejo resultaron inútiles. De nada sirvió que él y su mujer llegasen a idear un plan algo celestinesco para «liberarlo» a Vallejo de la «opresión» de Georgette (AV 11, p. 215), «poniéndolo al habla» con una peruana que habían conocido durante su viaje y que, entretanto, acababa de *plantarse* en París, «una joven amable, dulce, educada» y «además huérfana y condueña de una hacienda en el altiplano». ¹² Al narrar detalladamente el episodio, en 1974, con inusitada solemnidad, puesta «una mano en el pecho de César y otra (*sic*) sobre la cabeza de su nieto», Larrea daría la medida simultáneamente de la obcecación *totalitaria* de su mente y de una *ingenuidad* menos inocente de la que tantas veces achacó a Vallejo: «Imaginé» ¹³ que entre César y Doris (así se llamaba la muchacha) «pudiera estar llamado a establecerse algún vínculo ¹⁴ como providencial ¹⁵ que a él lo equilibrase y condujese a convencimientos acerca de la actividad de los azares trascendentes de la vida, ¹⁶ similares a los que había determinado en mí mi experiencia en los Andes del Perú» ¹⁷ (AV 11, p. 216).

No sin cierta contradicción, después de referir los pormenores del caso, a más de cuarenta años de distancia, Larrea concluía: «Era un asunto que ciertamente no podía prosperar. Doris no le iba a resolver a César lo que le resolvía Georgette. Además estaba

¹² Eso en relación con la «ingénita propensión parasitaria» del poeta.

¹³ «La imaginación en libertad», donde uno, realmente, no la esperaba.

¹⁴ Por la posibilidad que tendrían de «conversar de cosas de la Sierra y de muchas más».

¹⁵ Con Larrea como agente de la Providencia.

¹⁶ A partir, ante todo, de la orfandad y de la condición de hacendada de Doris.

¹⁷ El verdadero por qué de la tramoya: hacer que, fuera como fuere, Vallejo renunciase a su propia «experiencia» para asimilar la de Larrea.

por medio su destino poético» (*id.*). Lo que no impedía que, a renglón seguido, pasase a lamentar que «en aquella circunstancia» se expresara «como a cara y cruz el destino de César»: «De una parte estaba el Occidente con su proyección a la catástrofe. De otro, América, con el horizonte abierto. Se optó en él por los valores del viejo mundo. Pero César debió comprender a consecuencia de la intentona fallida que estaba ligado con Georgette. Aquél había sido su último sobresalto, quizá su postrer intento de salvación».

Pese a que Larrea se jactaba de ofrecer a «las generaciones venideras» «granos de evidencia» (*AV* 11, p. 179), susceptibles de contrariar «la confusión profesional» de los demás «testigos» de Vallejo, y en especial de su viuda, uno no logra determinar hasta qué punto el «destino poético» de Vallejo, del que, sin embargo, no bien se cumplió, procuró con todos los medios a su alcance apropiarse, le parecía más digno de ser tomado en consideración que su «destino» a secas, sobre el cual tanto quiso influir, en una fecha clave, sin lograrlo.

Larrea permaneció lejos de París, con excepción de breves días en enero de 1935 y en diciembre de 1936 (*AV* 11, pp. 218-9), entre febrero de 1934 y marzo de 1937. No estaba, por lo tanto, en octubre de 1934, cuando «César, ya vencido, se decidió a remachar sus grilletes contrayendo matrimonio con su *dulce niña*» (*id.*) y se fundaba en testimonios de terceros cuando aseguraba que Vallejo «parecía entonces» —a la hora de casarse— «esperar la aparición de algo, tal vez de una mujer»,¹⁸ «que le sacase de su estado como de reclusión» de aquel «ominoso atolladero en que pacientaba ya medio manso» (¡!).¹⁹

Larrea solía contraponer la fidelidad de su memoria a las variaciones, por cierto anárquicas, de la memoria de Georgette. Sin embargo, hasta 1967, había olvidado que, en ese lapso de tamañas «imperfecciones materiales», «derivadas de su infantilismo» (*AV* 5, p. 367), Vallejo quiso publicar «un libro de versos» y, en 1935, le encargó a él, que se encontraba en Madrid, sondear con tal motivo a Bergamín, quien en 1931 prologara la edición madrileña de *Trilce*. Durante casi tres decenios, pudo, de ese modo, sostener que en 1936, o sea al estallar la Guerra civil, llevaba Vallejo «catorce años de silencio poético casi absoluto» (*CVHCR*, p. 18). Cuando finalmente aparecieron entre sus papeles dos cartas que le devolvieron el pasado, en un primer tiempo argumentó que su rara «amnesia», ya *total* «a la muerte de César, sólo dos años después», se debió a que, «en su sentir de entonces, ese poemario era como inexistente», algo así como «un poemario fantasma», que Vallejo se habría apresurado a «pergeñar», aunque «carecía de entidad», porque Alberti lo informara que Bergamín iba a lanzar la *Residencia en la Tierra* de Neruda (*AV* 5, pp. 407-8). Posteriormente, a raíz de la reproducción «en facsímil» de los originales de los *póstumos* vallejianos en la edición Moncloa de la *Obra Poética Completa* (Lima, 1968), corrigió el tiro y pasó a calificar el tal «poemario fan-

¹⁸ Probablemente, la reaparición de Doris.

¹⁹ Sin entrar a discutir el papel de Georgette en el «destino» global o puntual de Vallejo, bastará aquí recordar su presencia en los «poemas póstumos», no sólo a través de la mención de su nombre en una estrofa algo trivial de «Ello es el lugar», sino, más que todo, como inspiradora de los dos grandes versos excepcionalmente felices del período, el erótico «¡Dulzura por dulzura» y el «coral», amén de eucarístico «Palmas y Guitarra», cuya inesperada elevación, en plena Guerra civil, elude, por «un instante», el «dominio de la muerte»: «¿Qué me importan los fusiles...? / ¿Qué te importan a ti las balas...?»

tasma» de «poemario precursor», del cual se preci6 de poder puntualizar, no s6lo el t6tulo, sino el contenido. Lo que origin6 que en la edici6n Barral apareciera, para sorpresa de muchos, una secci6n integrada por nada menos que cuarenta y un poemas, bajo el r6tulo del primero de la serie: *N6mina de Huesos*.

Larrea y Vallejo tuvieron de nuevo «tratos seguidos» 6nicamente en el segundo trimestre de 1937 (*AV* 5, p. 407; *AV* 11, p. 219). El estallido de la Guerra civil, a mediados de 1936, lo hab6a «galvanizado» a Vallejo, y los dos amigos coincidieron en las manifestaciones de apoyo a la Rep6blica espa6ola que se realizaban en Par6s. Pero pronto Larrea se dio cuenta de que «C6sar no era el mismo con quien 6l hab6a intimado en 6pocas anteriores» (*AV* 11, p. 221). No tard6 en notar que «carec6a de resoluci6n para participar en algunos aspectos de la lucha que los electrizaba a todos». En seguida, lo interpret6 como que «la vida que arrastraba con Georgette» lo estaba «arruinando» y hac6a que «algo no funcionase en 6l del todo» (*id.*, p. 223). No obstante, Vallejo, en julio, concurri6 como representante del Per6 al II Congreso Internacional de Escritores que sesi6n6 en Barcelona, Valencia, Madrid, nuevamente Barcelona y finalmente Par6s, y ante el cual intervino, durante la sesi6n madrile6a, para tratar de «la responsabilidad del escritor» con una lucidez afirmativa que no consiente pensar que, en aquellos d6as, «no se encontrara en la plenitud de sus cabales» (*id.*).

Sea como fuere, la clausura del Congreso en Par6s marc6 el final del «trato seguido» que, desde marzo, se hab6a reanudado entre el espa6ol y el peruano: «Nos mov6amos en dos c6rculos distintos que s6lo engranaban en alguna circunstancia ocasional. Pasamos semanas y hasta meses que no nos vimos» (*id.*, pp. 224-5). Contribuy6 a agudizar la distancia «la introversi6n cerrad6sima de C6sar», que no supo comprender que los espa6oles de Par6s sintieran «la necesidad de permanecer pegados», limitando el contacto con los no espa6oles, «por muy simpatizantes que fueran», «inclusive los hispanoamericanos», de tal manera que, «inexplicablemente» (¡vaya l6gica!), no volvi6 C6sar a «buscarlo» a Juan, aunque fuese «de cuando en cuando» y solamente «para intercambiar emociones».

Par6s no es tan grande. Aconteci6 que, un d6a de noviembre o diciembre, Larrea y Vallejo dieron el uno con el otro en el jard6n del Luxemburgo. Cruzaron algunas palabras; C6sar lo mir6 a Juan de una manera «extra6a» que Juan no entendi6, y eso fue todo (*AV* 11, pp. 137 y 159).

Nunca m6s estar6an juntos hasta que Vallejo ingres6 en la cl6nica Arago. Ah6, Larrea lo visit6, pero siempre en presencia de terceros y s6lo mientras no «se le ved6 la entrada en su pieza» (*id.*, pp. 137-8). «Cuando volvi a hallarme a su lado al atardecer del 14 de abril luego que me comunicaron²⁰ que en su delirio estaba llam6ndome por mi nombre, ya no reconoc6a a nadie. A la ma6ana siguiente me fue dado estar a los pies de su lecho —junto a su compa6era y a A.C.O.— cuando a las 9 y 19 exhal6 su 6ltimo suspiro» (*id.*).

Una cosa est6 clara: en todos sus a6os de Par6s, incluyendo los meses finales de 1937 en que su verbo rompi6 las 6ltimas barreras que la realidad le opon6a, Vallejo no confi6

²⁰ Quien se lo comunic6 fue su mujer, a la cual 6l hab6a «pedido que en su nombre y representaci6n se hiciera presente en la cl6nica» (*AV* 11, p. 227). Nadie ha corroborado el testimonio y, desde luego, Georgette lo ha reprobado.

a nadie los secretos de su quehacer poético. A lo largo del tiempo, Larrea no se ha cansado de subrayar que, al morir el poeta, «la *mujer desconocida* a la que vivió ligado los últimos años de su existencia» (*id.*, p. 292) ignoraba todo de su poesía postrera, cuyos originales hubo de entregarle «alguien» —tal vez «un tal Mossisson»— que misteriosamente los detentaba (*id.*, p. 235): «A nadie dijo nada [Vallejo] del tumulto verbal que se había abierto camino a través de su persona»; ninguna «palabra de información, de instrucción, de recomendación, ni siquiera a quien había estado viviendo a solas con él durante los 33 días²¹ que mediaron entre su caída en cama y su fallecimiento, y en los que, sabiéndose morir, tan sobradas horas tuvo de pensar en todo» (AV 11, p. 317). «Conociendo el modo incisivo e insinuoso como César pensaba,²² me resulta obvio que, deliberadamente, no quiso mezclar a *VV*²³ en modo alguno al destino de su obra» (*id.*, p. 237). Otros declaran *heredero*: sin decir palabra pero con toda resolución, Vallejo la declaraba a su mujer «anti-heredera». «Se limitó a dictarle» —el 29 de marzo— «una especie de testamento trascendental». Alusión al: «Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios», estampado en la p. 147 de la edición príncipe de *Poemas Humanos* y que sigue dividiendo a la crítica, si bien para Larrea significaba en primera instancia que «la conciencia de César» quiso *excluir* «totalmente a su compañera de sus asuntos literarios, dejándolos en manos de España y de Dios, convencido de que tras su muerte tenía una causa *religiosa* que defender en la que el mismo Dios había de erigirse en defensor suyo».²⁴

Cuando Vallejo se disponía a «adelantarse a sus compañeros de viaje» y buscaba «lo que diría al Desconocido hacia cuya casa nuestra inconsciencia guía» sin lugar a engaño «nuestros pasos»,^{24 bis} lo más verosímil es que no rumiaba sentimientos vengativos hacia quien fuese y que su preocupación máxima no era valerse del conducto de su mujer tramposamente, sólo para quitarle todo derecho a su herencia. De cualquier manera, nada lo habilitaba a Larrea para *zanjarlo*.²⁵

III

Lo innegable es que, entre septiembre y diciembre de 1937, Vallejo pudo escribir, como en una «avalancha» (*id.*, p. 106), más versos que en los dieciséis años anteriores, y luego dedicar su postrer cuatrimestre «en el mundo de la salud perfecta» a revisar su obra, «a hurtadillas» de Georgette, a la que nada tampoco comunicó durante el mes

²¹ *Importa el número: 33 fueron los años de la vida de Cristo, el «Jesús de otra gran Yema» de Los Heraldos Negros, tan reiteradamente citado por Larrea.*

²² *¿Por qué no lo recordaba también Larrea en su comentario de la tan mentada carta de enero del 32?*

²³ *Las iniciales con que, cansado de llamarla la dulce niña, Larrea había pasado a designar a Georgette Vallejo (V por Viuda y V por Vallejo).*

²⁴ *Por lo demás; cómo no señalar el carácter perfectamente tautológico de la explicación: Vallejo dijo Cualquiera que sea la causa, etc.; con eso quería decir que estaba «convencido de que, etc.»*

^{24 bis} *Cito a Pessoa, cuyo centenario del nacimiento por algo coincide con el cincuentenario de la muerte de Vallejo.*

²⁵ *Lo que volvía aún más grotesca su insistencia: «Todo lo absurdo que se quiera, pero fue así y no de otro modo» (AV 11, p. 237).*

y pico que lo asistió en aquella «casa del dolor» donde «su corazón iba a rendir el último suspiro» (J.L. en *AFI*, p. 112). Pero no menos innegable, el que, al morir Vallejo, Larrea no recordaba más poemas suyos, fuera de *Los Heraldos Negros* y de *Trilce*, que los dos dados a conocer, en 1926, en *Favorables*. Se le había borrado de la mente —como vimos— que, en 1935, el «hermano» solicitara su ayuda en pro de un nuevo «libro suyo publicable», lo que demuestra, amén de la poca atención que, en el «turbión» de sus asuntos personales, ese libro le mereció, que, no obstante lo íntimo de su «hermandad», Vallejo le había dejado ignorar, año tras año, que su «silencio poético» muy poco tiempo llegó a ser «total». Tampoco sintió Vallejo necesidad de compartir con él, más que con Georgette, el «milagro» de su «monólogo» final: nada hizo, ni durante, ni después, para provocar un encuentro, y cuando el encuentro se dio no le dedicó más que esa «mirada» que él «no supo cómo interpretar». Finalmente, Vallejo no aprovechó las sucesivas apariciones de Larrea en el cuarto en que estaba muriendo «de vida, y no de tiempo» para manifestar el menor deseo de confiarle *esto* o *aquello*: mientras gozó de conciencia, no tuvo un gesto, ya ni siquiera una mirada, que le diera a entender que si moría, asimismo, «de su edad ¡ay! y de su época», legaba a sus «hermanos hombres» —«hombre al fin», «mal nacido, / mal vivo, mal muerto, mal moribundo»—, simultáneamente con «todo» lo que «[agitábase], ahora mismo, / en [su] vientre de macho extrañamente», el registro de «lo que [pasaba] en [esa] época» —«lo que [ocurría] en China y en España, y en el mundo— por último, sobre todo en España, desde que —según dijimos— el mundo se le volvió «español hasta la muerte».

Vallejo murió en la mañana del 15 de abril de 1938 sin haber «declarado» a nadie «heredero» de su *suma poética*, pues todos ignoraban que ésa existiera. Ahora, cuando reiteraba que, no contento con no declararla heredera, César, a su modo, tácito pero «obvio» para quien lo conocía, la había declarado «anti-heredera», Larrea hacía más que insinuar que en lo que a él le atañía era radicalmente distinto. Todo el tiempo que estuvo consciente, Vallejo nunca intentó transmitir nada a nadie. Bastó que cayera en la inconsciencia previa al coma para que se pusiera a llamar: «¡Larrea! ¡Larrea!». Por eso, las repetidas referencias al «delirio» de Vallejo y a la aseveración telefónica de la mujer de Larrea: «Tienes que venir. ¡Te está llamando! Estamos todos impresionadísimos» (*AV* 11, p. 227). Prueba de que, en un raptó de superconciencia, nacido de su misma inconsciencia, Vallejo, antes de entregar en las manos de Dios Padre y de la Madre España su espíritu, seguro de que el propio Dios abogaría por él en el «otro mundo», lo designó al «hermano» para que se hiciera cargo de la «causa» que dejaba pendiente, entre tanto, en «este mundo». Así reconocía in extremis lo que, en 1932, porfiara en negar «entornando la oreja»: que la «experiencia» peruana de Larrea también lo concernía; que, por más que entonces antepuso el «infierno» de Georgette, sus dos vidas estaban de verdad «profunda e inusualmente entrelazadas», y que lo habían persuadido, tanto el acontecer histórico, como su propio acontecer hasta la fecha.

Tengamos presente que Larrea ni sospechaba que Vallejo había seguido siendo poeta después de 1926 y que, en todo caso, fue Georgette la que, pasados días lo enteró (*AV* 11, p. 376) y le facilitó, entre otros, los originales que, en seguida, inspiraron su *Profecía de América* con que, en junio, el boletín *Nuestra España* del «Comité Iberoamericano de Defensa de la República Española» encabezó un número de homenaje a quien

fuera una de sus cinco fundadores. Es indudable que años de cavilaciones *neomúndicas* lo predisponían a Larrea a recibir los versos de *España, aparta de mí este cáliz* como una auténtica «revelación». Simultáneamente, consta que, cuando Georgette se los entregó, constituyeron para él, como habían constituido para ella, la más cabal de las sorpresas. Siendo así las cosas, cuesta creer que, no bien supo de la enfermedad de Vallejo, que nada indicaba aún que sería la última, ese mismo Vallejo al que prácticamente había dejado de ver hacía siete u ocho meses, «tuvo el sentimiento intuitivo, por razones muy complejas, de que entre la suerte de César y la de la República española, existía un hondo entrañamiento» (*id.*, p. 226), y que ello tenía relación «con el arquetipo cristiano» —hasta el punto que le habría entrado el temor de un fatal desenlace para «el día 7 de abril, por ser ésta la fecha que suele atribuirse a la muerte de Cristo» (*AFI.*, p. 113).

Con todo, Vallejo no murió el 7 de abril, fecha que Larrea asociaba con la de la muerte de Cristo,²⁶ sino el 15, que aquel año —1938— era día de Viernes Santo, conmemoración de esa misma muerte. Acababa de expirar, «en presencia de su mujer y de [dos] amigos» uno de los cuales Larrea (*CVHCR*, p. 102); «no tardaron en iniciarse las diligencias fúnebres»; cuenta Larrea que él permaneció un momento «apoyado contra la pared a los pies del lecho» y que, «en su interior» pero «muy deliberadamente», como ya seguro de que el futuro les pertenecía a los dos, le habría espetado al «cadáver»: «Vámonos, César. Déjales a estos zorrillos con sus ceremonias. Arréglate y vamos a lo nuestro» (*AV 11*, p. 228). Lo que no impidió que, a los dos días, interviniera para que ese mismo «cadáver» tuviese «un entierro internacional», el cual haría «de un escritor socialista semi apagado», «sin que nadie lo supiese, un héroe de proyección universal» (*id.*, pp. 220-3).

Lo que fácilmente creemos es que, en el estado de «emoción desorbitada» (*id.*, página 139) en que Larrea vivía «la tragedia española», el impacto, más intenso por lo absolutamente inesperado, que le produjeron los poemas lo llevó incontinenti a pensar que todo era obra del «Ser intrínseco del Universo» (*TC*, p. 38), que le daba la razón a la sinrazón, «ultrarracional», que su «imaginación», otrora, opusiera a las razones meramente racionales de Vallejo —ya que éste callandico se le había rendido, sin decírselo, confiado en que, después de su muerte, Dios y España-España y Dios (*AV 11*, p. 237)— hallarían cómo hacerle partícipe. Ambas entidades, en realidad, ya habían empezado a obrar anteriormente al «fin final» del poeta, cuando en su agonía le habían infundido «llamar» al profeta de *Orbe*. De cabo a cabo, como *hombre*, Vallejo había dado pruebas de *ingenuidad*; como *poeta*, no dejará de actuar, a sabiendas o no, adherido «al destino terráqueo de la especie» (*TC*, p. 36): su *poesía* contemporánea de la Guerra civil lo ratificaba, «en función de un futuro» que se anunciaba «inminente».

En el acto, Larrea supo que Vallejo era un poeta aparte, «no un cantor, sino un instrumento de la poesía viva, la cual, si se expresaba en parte por medio de sus palabras, se autentificaba al manifestarse complementariamente a través de los actos extra-voluntarios de su persona, convertida en ilustración demostrativa del tema poético del

²⁶ La Leyenda Dorada de J. de Voragine, que compendia la tradición medieval en la materia, sitúa más bien la Pasión del Divino Redentor en el mes de marzo.

mundo» (ECV, p. 183). «Su vida participaba de aquella condición profética» que desde hacía siglos parecía «exclusiva de los fenómenos religiosos» (*id.*). Y eso se daba «porque la historia se encontraba en los albores del Nuevo Mundo». «Venido a más en [las] latitudes de la esperanza», Vallejo había sido el «emisario» cuya «misión» consistiera en «calificar con su presencia la significación de los acontecimientos que se desarrollaban en España»: «América, América, de tu pueblo nos viene esta luz de hombre enardecido» que, «al desvanecer el complejo infantil en él representado, descubre el camino conducente al alba universal en que han de triunfar todos los pueblos» (*id.*, pp. 183-4).

Lo que primero le había llamado la atención a Larrea, al llegar a América en 1930, era «el primitivismo de sus gentes»²⁷ (AV 11, p. 207), al que atribuyó que su viaje le ofreciera «un punto de partida nuevo». Siempre que después destacó lo *infantilmente ingenuo* que era Vallejo, lo relacionaba asimismo con su condición de americano. Los dos hechos según él más significativos del trayecto humano del «cholo» fueron que muriera un Viernes Santo, por más que la muerte advino a las 9 y tanto de la mañana y no a las tres de la tarde canónicas, y que, al otro extremo, hubiera nacido, «en lo enhiesto» de los Andes, «como vástago en segunda generación de dos sacerdotes españoles y de dos mujeres indígenas», «predicando así simbólicamente el Advenimiento del tercer mundo, en que la naturaleza y el Espíritu se concilian²⁸ en una fórmula universal de nueva especie» (AV 8, p. 296).

No discutiré ahora el sistema *teleológico* de Larrea, mixto singular de *tradición* y de *modernidad*, en el que el manejo de conceptos *tradicionales*, que ha provocado airadas reacciones en más de un obtuso *modernista*,²⁹ sirve en realidad para respaldar un *historicismo*, con base *geográfica*, radicalmente *moderno* y sin nada que pueda satisfacer a un auténtico *tradicionalista*.

Queda el hecho que, no bien, en la primera quincena de mayo del 38, conoció, a través de Georgette, la poesía póstuma de Vallejo, Larrea realizó que «la figura y la obra» del que fuera «su amigo más cercano» (AV 11, p. 238), aunque años seguidos se había mostrado reacio a sus argumentos, podían venir a constituir, *debidamente glosadas*, la mejor ilustración de toda su temática.

Al finalizar el mes, tenía escrito el primer texto, «hasta superlativamente encomiástico» (*id.*, p. 239): esa *Profecía de América* cuya conclusión acabo de reproducir. Notable es que, cuando quiso leer su trabajo, todavía inédito, a Georgette, ésta lo escuchó con señales «de desazón», luego «de desagrado», intentó interrumpir varias veces su lectura y, acabada la misma, prorrumpió en «una explosión sin reticencias», «echándole en cara que utilizara su pluma para maltratarle a Vallejo de ese modo» (*id.*). Por más que, después, el «chubasco» trajo a relucir cuestiones de plata y de abortos, la inmediata reacción de *VV* —digámoslo así— visiblemente se debió a que, por «su condición

²⁷ Punto de vista nítidamente eurocentrista, en la línea del buen salvaje rousseauista; por lo demás, contradictorio con el interés de Larrea por las culturas precolombinas y, más especialmente, por Macchu Picchu, piedra de toque, según el título de un ensayo suyo de 1966 (en sus páginas centrales, acertada ~~de~~ «de la poesía y de la personalidad energuménicas de Neruda»).

²⁸ Nuevamente: la naturaleza por América, y el Espíritu por Europa (y Asia).

²⁹ Xavier Abril, Ernesto More...

de mujer y de francesa»,³⁰ instintivamente percibió que «los párrafos encendidos» de Larrea sujetaban el «encomio» de Vallejo a consideraciones *sistemáticas* propias del *exégeta* y que ella tenía sobrados motivos para juzgar ajenas al sujeto, u objeto, de su *exégesis*. Todo lo que, a partir de ahí, y hasta su propia muerte, Larrea escribiría sobre Vallejo no haría sino ahondar y apuntalar la tesis ya explícitamente formulada en *Profecía de América* de un «significado conjunto de la vida y de la obra» del peruano, acordado al «esquema trascendental» (TC, p. 30) de una «teleología de la Cultura» que «situaba en Latinoamérica el centro de la inminente y eminentemente humana Apoteosis» (*id.*, p. 50).

Hay dos cosas que no se le pueden negar a Larrea: la coherencia³¹ y la pertinacia. En cualquiera de los poemas de Vallejo, de *Los Heraldos Negros* a *España, aparta de mí este cáliz*, que, en un momento dado, resolvía someter a examen —admití que a menudo con mucha intuición del detalle—, lo que realmente le importaba era la relación que, de una manera u otra, mantenía con el «ente» total vallejiano tal como él lo definía: «*Quienes conocen de veras a Vallejo no se interesan por los valores estrictamente literarios de sus escritos, sino por éstos en cuanto expresión de su persona*» (CVHCR, p. 14);^{31 bis} y seguidamente: «Su persona es lo que nos atrae y conmueve envolviéndonos en la red angustiosa de sus palabras». Por lo cual, el comentario de Larrea no tardó en vehicular, junto con la imagen del Vallejo «niño» que, si bien padecía de «ingénita propensión parasitaria», «tenía el don comunicativo de lágrimas» (*id.*),³² la de un Vallejo poeta *sistemático*, el cual nunca tuvo, «como es lógico», «conciencia plena ni reflexiva de lo que decía» (AV 2, p. 241), pero que no dejó por ello de seguir, «en el desarrollo de su proceso», una serie de «etapas», exactamente *tres*, cuya secuencia se revelaba retrospectivamente «cristalina» para quien aceptaba el «punto de vista» —el *sistema*— de su intérprete (*id.*, pp. 239-41): «Es obvio que de la *tesis*³³ del comienzo» —manifestada en *Los Heraldos Negros*— «Vallejo ha pasado —con *Trilce*— «a la antítesis»;³³ no lo es menos que —en sus poemas de 1936-37— «ha rebasado» la antítesis «para proyectarse» a una «situación tercera o de *síntesis*»³³ (*id.*, pp. 245-50).

Todo para llegar a los perentorios asertos del *proemio*, distribuido a lo largo del volumen, de la *Poesía Completa* de Barral: «No ha de ser fácil para todos admitirlo. Mas la presentación correcta de Vallejo ha de sostener, de entrada, que éste no es un poeta como los demás»; el suyo «es un fenómeno probablemente único; nació aparte, vivió aparte y murió aparte» (PCB, p. 9). «Los últimos tiempos de Vallejo consistieron en una contienda getsemánica interior entre la concentrada pequeñez de su personaje físico y lo desorbitado de su conciencia metafísica, sustancialmente extra-individual» (*id.*, p. 135); «y aquí la equivalencia correlativa, en el plano psicológico, del caso vivido con

³⁰ Cosa que Larrea, desde luego, le censuraba (por ejemplo, en AV 11, p. 271), pero que, en ciertos casos, como el presente, tuvo su algo de útil.

³¹ Descontando algún «desliz», como el que señalé en mi nota 27 o, más arriba, en la interpretación del caso Doris...

^{31 bis} La cursiva es mía.

³² «Era un auténtico valle de lágrimas, la personificación de ese valle donde Vallejo nunca había dicho que lo trajeran» (CVHCR, p. 14). Entretanto, Vallejo: «¡Me han confundido con mi llanto!»

³³ La cursiva es mía.

Vallejo con la del fundador del Cristianismo, revela su autenticidad deslumbradora» (*id.*, p. 137).

Igual que en la carta de Th. Merton que cité al principio y de la que Larrea, en el intervalo (1965), se había valido para justificar ante el Consejo Directivo de su Facultad las actividades del Instituto del Nuevo Mundo (*TC*, pp. 52-3), no faltaba la referencia a Dante, a quien el Vallejo de Larrea debía su «idealidad *florentina*», adquirida en Trujillo, y un «concepto de la Poesía» que «expresamente» derivaba del «paradigma» de la *Vita Nuova* (*PCB*, pp. 32-3), sólo que había en Vallejo, en sus grandes poemas *teo- y teleológicos* «una *intensidad*» que «no parecía admitir paralelo ni siquiera con la» del autor de la *Comedia* (*AV* 8, p. 295), y que hacía de él algo así como un Super-Dante.³⁴

Es tiempo de aclarar que, aun cuando ambos coincidían en declararlo *único*, los juicios de Merton y de Larrea sobre Vallejo diferían profundamente. Por más que —según refiere Marco Pallis— su curiosidad en el campo intelectual lo llevaba fácilmente a «dejar sus entusiasmos anteponerse a su perspicacia», Merton era ante todo un místico, preocupado en preservar los fueros de la vida contemplativa de los asaltos de «la antireligión moderna», con su «activismo», su «relativismo» y su «obsesión colectivista». Si veía en Vallejo al Dante de los tiempos modernos por lo que tenía de *escatológico*: «con un profundo sentido del fin y además de los nuevos comienzos», lo entendía en el sentido que siempre ha dado al «fin», así como a «los nuevos comienzos», la tradición *ortodoxa*: el Juicio de este mundo, su destrucción por el «fuego», y, luego, la epifanía de un «nuevo cielo» y de una «nueva tierra», substancialmente *otros* que los que conoció el hombre *histórico*, producto de la última fase de la última Edad —Edad de Hierro, Edad Oscura— de nuestra Humanidad. Por algo Merton advertía que Vallejo, si bien los presentía, nada anticipaba «acerca de los nuevos comienzos».

El cristianismo de Larrea, al contrario del de Merton, era un cristianismo radicalmente al margen de toda *tradición*, apegado a la dimensión *terrâquea* y presa de la *cronolatría* propia de la mente *moderna*. Daré un ejemplo, sin duda el de mayor significado: en sus comentarios de Vallejo, Larrea jamás distinguió entre la *unidad* y la *unanimidad*, dos nociones tan diversas, y hasta cierto punto antagónicas, confundiendo asimismo lo que pertenece al *Espíritu* y lo que simplemente atañe a la *especie*. Su *teleología* excluía la idea de un «fin» realmente «final», limitándose a apuntar a «un estado de cultura nueva», consecutivo a una «transformación» radical de «las estructuras psicoculturales» del «individuo humano» y de su «actitud ante sus semejantes y ante el mundo», que había de iniciarse en breve en tierras de Colón, para extenderse después a todo el planeta (*TC*, pp. 48 y ss.). Los «nuevos comienzos», sobre los que Vallejo había guardado silencio, figuraban para él un «más allá del tiempo y del espacio» al que, no obstante, asignaba tanto una *hora* como un *lugar*.

«El itinerario que progresa en la existencia de Vallejo con alusión a lo que desde el principio se define como *causa final* permite recorrerse holgadamente» (*PCB*, p. 699); «vendrá a definir la calidad del trance histórico correspondiente al punto de universalización».

³⁴ Recuerdo que Pessoa se había limitado, en 1912, a pronosticar para este siglo la aparición de un Super-Camoês.



zación del planeta y del sujeto en quien se atestigua: *España, aparta de mí este cáliz* (*id.*, p. 702).

En junio de 1929, en vísperas de su segundo viaje al Este, en compañía de Georgette, le escribía Vallejo a su hermano Manuel en Santiago de Chuco: «Le ruego mandar decir una misa al Apóstol³⁵ a mi nombre. Una vez que sea dicha le suplico me lo indique, diciéndome el día y la hora en que ella se ha realizado. Le he pedido al Apóstol me saque bien de un asunto». Algo ya expuse del modo como, en sus escritos de militancia marxista de 1931, siguió encarando la permanencia del «sentimiento religioso», remitiendo para «más tarde», una vez llevada hasta su última consecuencia la revolución, la cuestión de determinar «la suerte que tendrían las creencias religiosas en el porvenir». Una postura discutible, pero que no era postura irreflexiva, inspirada por la mera «simpatía», o un arrebatado de «idealismo», entre urgencias «materiales» y bajo presión «mujeril». Vallejo había llegado a ella, después de años de perplejidad, cuando quedó persuadido de que «la dictadura franca e implacable» que reinaba en Rusia,³⁶ con el precio elevado que cobraba, favorecía la emergencia de un nuevo tipo de hombre —el bolchevique—, tan dinámico y lúcido como eficiente y generoso, que luchaba para que, no bien «pasase la lucha», «puesto que pasaría», triunfara el «amor» en la tierra bajo la forma «del abrazo definitivo de todos los hombres».³⁷

En el «cotejo» de sus «puntos de vista», de febrero-marzo de 1932, no tenía por qué Vallejo oírlo a Larrea con otra «oreja» que «entornada», pidiéndole «aclaraciones y precisiones» movido —como lo anticipara— por «el interés fraternal» y, también, por una «curiosidad de prójimo» que, en el discurso ajeno, incluso el del «hermano», buscaba nuevas razones para afianzar el propio. Es legítimo pensar que fue después de una de sus juntas con Larrea que, al pie de una de las páginas de *El Arte y la Revolución*, su «libro de pensamientos» que estaría revisando y corrigiendo hasta entrado 1934, Vallejo añadió esta nota: «La obra de arte y el medio social: Larrea, en su obra, refleja su vida y la de su época: inhibición en él, defensa de su clase por la conservación de la sociedad actual».³⁸

Faltando documentos, muy poco sabemos de la evolución *política* de Vallejo en los años siguientes. Cuando él volvió a manifestarse, ya corría 1937; la Guerra de España estaba en su auge; no lo movía más la preocupación del *comunismo* con su augurio de un *futuro* inédito, sino la de la *democracia* tal como funcionaba, bien o mal, en el presente. Así, dirigiéndose a «los pueblos iberoamericanos», los instaba a que tomasen mejor conciencia de «la internacionalización de la causa democrática», pasando «a segundo término» sus «otros problemas», entre ellos el «del imperialismo» estadounidense, para atender «el solo y universal problema del momento», «cual era» el de oponerse a «la hegemonía del fascio en el mundo» que, de realizarse, no contenta con «destruir las ideas de libertad, de paz y de progreso en la sociedad contemporánea», daría cabo «del cuerpo y el espíritu mismo» de los diversos pueblos, «sus bases históricas»,

³⁵ *El Apóstol Santiago, patrón de Santiago de Chuco*.

³⁶ Rusia en 1931, *cap. X*.

³⁷ Rusia ante el segundo Plan Quinquenal, *cap. «El arte y la revolución»*.

³⁸ Capítulo «La obra de arte y el medio social».

«sus instintos vitales más profundos y sagrados»: era lo que se había hecho con Abisinia y «lo que se pretendía hacer con China y con España».

Desde luego, el drama que más directamente lo conmovía era el de España, y apelaba con particular énfasis a sus compatriotas a «la defensa de la República española», «por ser ésta el objeto principal de la agresión fascista» y, no menos, porque entre «el pueblo español» y los «iberoamericanos» existía una comunidad de «raza» y «sobre todo» de «historia», que debía hacer que ellos sintieran como ninguno «todo ese palpitante, humano y universal desgarrón español en el que el mundo —entonces— se inclinaba a mirarse como en un espejo, sobrecogido a un tiempo de estupor, de pasión y de esperanza».³⁹

Nada, con todo, en aquellas páginas de febrero-noviembre de 1937, que deje sospechar que a Vallejo se le haya ocurrido, ni siquiera fugazmente, relacionar las «grandes lecciones culturales» que infería del conflicto peninsular con los pronósticos *neomúndicos* de Larrea, de los que ignoraba el nuevo impulso que el acontecimiento les daría, pero que conocía de sobra, en su estado inicial, no sólo porque los había discutido con él en 1932, sino porque se los había oído reiterar en 1933, con motivo de la presentación en París de su colección de antigüedades precolombinas.

Ahora bien, no nos detendrían dichas páginas si las invalidara, mínima o máximamente, la *poesía* contemporánea de Vallejo, lo único que en buena cuenta nos importa. Pero así no sucede: salvados «los grandes movimientos animales, los grandes números del alma, las oscuras nebulosas de la vida», que constituyen propiamente su virtud *poética*,⁴⁰ no veo lo que en los versos últimos de Vallejo (tomando *último* en su acepción más amplia, desde los que, en 1931-32, «saludaban», en posición de «ángel», al «bolchevique», hasta los que, en 1937, saludarán, como «hombre humano», al «voluntario» «del sur, del norte, del oriente» y, asimismo, «occidental»), podría justificar la lectura optimistamente americana —¡mañana, en América!— que, a lo largo de los años, en sus sucesivos retiros de México, New York y Córdoba, R. A., Larrea perfeccionó, hasta que la oportunidad que le proporcionó Barral de editar *crítica y exegéticamente* los poemas completos de Vallejo le permitió dispensar sus dictados, *ex cathedra* y de una vez por todas, a judíos y griegos, amén de los romanos y su «falso profeta»⁴¹ (TC, página 27).

No es *odiar* a Vallejo, como Larrea me lo reprendió públicamente, estimar que, con todos sus presupuestos, semejante lectura confundía, mucho más que aclaraba, cuanto late de radicalmente *hispano*, y también de radicalmente *crístico*, en la obra *poemática* del peruano. Daré nuevo ejemplo. El de la conclusión de la «conferencia» con que, en 1967, el director de Aula Vallejo pretendió cerrar el Coloquio de Córdoba. Después de alegar la exhortación final de *España, aparta de mí este cáliz* —«Si la madre España

³⁹ «Las grandes lecciones culturales de la Guerra española», «La responsabilidad del escritor» e «Hispanoamérica y Estados Unidos ante el Tratado nipo-alemán-italiano», en C.V., Desde Europa (crónicas y artículos), ed. de Jorge Puccinelli, pp. 441-448.

⁴⁰ Capítulo «Electrones de la obra de arte», en El Arte y la Revolución.

⁴¹ Ya que Larrea se atribuía, entre otras misiones «trascendentales» la de borrar el «fracaso», «providencial» o no, del Apocalipsis (EP-AVis, p. 98), desengañando a Roma de su «falso profeta» (el sucesor de Pedro) y de la «hegemonía soteriológica» que la Edad Media le reconoció.

cae —digo, es un decir— / salid, niños del mundo: id a buscarla»— explicaba: «Es decir, salgamos por dentro y por fuera al encuentro de esa disposición maternal que nos con-sienta colaborar con sentido, positivamente, en la regeneración hispánica del mundo» (AV 8, p. 298). Cualquier lector apreciará la jugarreta, consistiendo en invertir el concepto so color de extraer la *prosa* de los *versos*.

Hay que abandonar la idea de Vallejo poeta «único»: el Dante o el Super-Dante de nuestra época. Dante escribió en un tiempo en que reinaba un *orden*, el de la Cristianidad occidental, que pronto empezaría a resquebrajarse,⁴² pero que era todavía lo suficientemente firme como para consentir la redacción por un solo individuo del poema *total* que lo expresara, con *número, peso y medida*, en su *totalidad*. Si nuestro tiempo —como, desde un principio, se lo concedí a Larrea— es, al contrario, tiempo de *desorden: caótico* y próximo, sin duda, a recibir su «sentencia», según lo anunciado por «el profeta de Patmos» (EP-AVis, pp. 98-102), está claro que no puede haber poeta que lo exprese *todo* y, menos aún, que diga «la fórmula universal de la nueva especie» en que se cifre lo que ha de *advenir* cuando «se lleve a cabo» el «plan teleológico de la historia» (*id.*).

IV

Paralelamente con el tema de la *ingenuidad* humana de Vallejo, en toda la *exégesis* de Larrea corre el de su sinceridad poética. A lo cual se debe, entre otras cosas, que la *Poesía Completa* de Barral ofrezca, en *Apéndice*,⁴³ la reproducción de *El Romanticismo en la Poesía Castellana*, la tesis que, en 1915, en Trujillo, Vallejo sustentó para optar al grado de Bachiller en Letras. Sesenta escasas páginas que, efectivamente, concluían: «Hoy en el Perú, desgraciadamente no hay ya el entusiasmo de otros tiempos por el Romanticismo; y digo desgraciadamente, porque siendo todo sinceridad en esta escuela, es de lamentar que ahora nuestros poetas olviden esta gran cualidad que debe tener todo buen artista» (PCB, p. 905).

No olvido yo que Vallejo siguió considerando la *sinceridad* como un requisito primordial y que, desde París, varias veces tocó el asunto en los artículos que destinaba a revistas del Perú y otros países latinoamericanos. En 1927, por ejemplo, acusaba indistintamente «la actual generación de América» de ser tan retórica y falta de honestidad intelectual, como las anteriores generaciones de las que ella renegaba»: igual que «en el romanticismo» (¡ojo!), los poetas americanos de *vanguardia*, movidos «de incurable descastamiento histórico», adoptaban «las disciplinas europeas» del momento, que «a causa de ser importadas y practicadas por remedo» no los ayudaban «a revelarse y realizarse». Todo para poder «invocar otra actitud»: contra «la cobardía e indigencia de casi todos los vanguardistas», la «emoción genuina y creadora», que Vallejo descubría en «la llana elocución», fuente de «humana hermosura», del libro *Ausencia* de P. Abril

⁴² Para quienes entienden, empezó en los mismos días de Dante, entre el momento en que él escribió el «Purgatorio» y aquél en que escribió el «Paraíso».

⁴³ Única Apéndice, lo que, desde luego, tiende a conferir a ese texto un valor netamente preferencial.

de Vivero, uno de los pocos libros «sinceros» —«con latido vital y sincero»— salidos últimamente en América.⁴⁴

No tenemos por qué dudar que Vallejo, entonces, *sinceramente*,⁴⁵ prefiriese lo «profundo y sincero» de un libro como *Ausencia*, que hablaba «sana y naturalmente» al «corazón», al —digamos— «fervor bonaerense» de «ese Jorge Luis Borges», «tan falso y epidérmico como el americanismo de Gabriela Mistral» y «el cosmopolitismo a la moda de todos los muchachos americanos de última hora» entre los cuales, junto a Borges, citaba a Neruda y a Maples Arce.

Con todo, antes de dejar el Perú, Vallejo había dado a la imprenta *Trilce*, libro en el que, por cierto, no había observado ningún «catecismo», ni había aplicado «una receta más de hacer poemas sobre medida»,⁴⁶ pero libro cuya «poesía nueva», «a base de sensibilidad nueva», distaba mucho de darse «simple y humanamente», sin que cupiera la posibilidad, ni «a primera vista», de «tomarla por antigua» o de no advertir su carácter innegablemente «moderno».⁴⁷ Y en ningún momento Vallejo se arrepintió de ser el autor de *Trilce*. Por el contrario, poco antes de declararse «contra el secreto profesional» y «la poesía seudo-nueva», con motivo de un juicio emitido en Chile sobre «el revolucionarismo»⁴⁸ radical de su libro de 1922, lo había reivindicado con tranquilo orgullo de artista: «Siempre gusté de no discutirme ni explicarme, pues creo que hay cosas o momentos en la vida de las cosas que únicamente el tiempo revela y define»;⁴⁹ y, no mucho después, a la hora de su adhesión al marxismo, sería con el mayor júbilo que recibiría la noticia de que G. Diego y J. Bergamín se interesaban por reeditar *Trilce* en Madrid. Conviene, asimismo, recordar los términos de la carta que, a raíz de la primera edición de *Trilce*, en Lima, Vallejo escribió a Antenor Orrego, su mentor de Trujillo: «El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética» y, líneas más abajo: «¡Dios sabe hasta dónde es cierta y verdadera mi libertad! ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para mi pobre ánima viva!»⁵⁰

Está claro que para Vallejo la *sinceridad* consentía en el campo *poético* una escala de grados, de niveles. El siempre abominó del «celestinaje», tanto de las «perspectivas» como de las «teorías», cuanto sonaba a «escuela» o significaba «divorcio entre la vida y el arte».⁵¹ Le censuró a Huidobro «la excesiva importancia» que «daba a la inteligen-

⁴⁴ «Contra el secreto profesional», en *Desde Europa*, ed. de J. Puccinelli, pp. 204-6.

⁴⁵ *Tal vez sea bueno apuntar aquí el uso y abuso que hace del vocablo el habla cotidiana del Perú: «Te lo digo sinceramente, etc.»*

⁴⁶ «Autopsia del Surrealismo», en *Desde Europa*, p. 400.

⁴⁷ «Poesía nueva», id., p. 141.

⁴⁸ *En sentido artístico*.

⁴⁹ «La conquista de París por los negros», en *Desde Europa*, p. 75.

⁵⁰ *Carta citada por primera vez en J.C. Mariátegui, Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana (Lima, 1928).*

⁵¹ «Contra el secreto profesional» y «Vladimiro Maiakovsky», en *Desde Europa*, pp. 205 y 214.

cia en la vida», oponiéndole «sus votos por la sensibilidad». ⁵² Su continua obsesión por lo *natural* —«el timbre humano», «la emoción pura, prepotente y eterna»— lo llevaba a barruntar dondequiera el *artificio* —«menesteres de estilo, manera, procedimiento, etc.»— ⁵² De ahí que se mostrara más de una vez ciego, y consecuentemente injusto: lo vimos, en 1926-28, con algunos de los auténticos «poetas nuevos» de América; podríamos verlo también, en 1930, con Breton y los surrealistas en general y, en forma más incómoda, con Maiakovsky al día siguiente de su suicidio. ⁵³

Sea lo que fuere, si, desde 1926, Vallejo insistía en lo urgente que era «devolver las palabras a los hombres», ⁵⁴ y si, por 1931, llegó a celebrar conjuntamente «la derrota y desbandada de la literatura capitalista» y el surgimiento de una «literatura proletaria», cuyo «signo más importante estaba en que devolvía a las palabras su contenido social universal», «dotándolas de una expresión y una elocuencia más diáfanas y humanas», ⁵⁵ cuando, en la segunda de esas fechas, se interrogaba para saber si «el arte socialista» ya «actualmente existía», ⁵⁶ al responder: sí, traía como «ejemplos» a «Beethoven, muchas telas del Renacimiento, las pirámides de Egipto, la estatuaria asiria, algunas películas de Chaplin, el propio Bach, etc.» ⁵⁷

No bien la conoció, en 1925, había hecho suya la frase de Joseph Conrad: «Dadme la palabra justa y el acento justo, y moveré el mundo». ⁵⁸ La repetirá muchas veces, y por último en Madrid, en su intervención en el Congreso de Escritores de julio del 37: en dicha circunstancia para significarles a los presentes la «responsabilidad» que les cabía por ser «dueños del arma más formidable» de todas, «que es el verbo». ⁵⁹

Recordaba en sus adentros que era frase «salida de la boca de un poeta». ⁵⁸ Tanto así que, de vuelta a París, no bien acabó el Congreso, dejó que los demás cumplieran con lo más *exterior* del mensaje, destinó una última página a la *opinión* del momento, ⁶⁰ y se despidió del «intelectual revolucionario» —«el hombre que lucha escribiendo y militando simultáneamente»— ⁶¹ que en 1931 firmara bajo su nombre *El Tungsteno, Rusia en 1931, Lock Out*. Luego, se abandonó, de una vez para siempre, a esa conciencia *agónica* que alternativamente lo habitaba desde su despertar *poético*, hacia 1915, en Trujillo, una «tarde» de «vida agonizante»; en adelante, mientras «todo» siguió «agitándose / en su vientre de macho extrañamente» y hasta que, sobreponiéndose a «la facultad común de volver», lo venza «la esclavitud común de partir», ⁶² no fue más que aquel

⁵² «Entre Francia y España», id., 82.

⁵³ «Autopsia del Surrealismo» y «Vladimiro Maiakovsky», id., pp. 399 y 412.

⁵⁴ «Se prohíbe hablar al piloto», id., p. 165.

⁵⁵ «Duelo entre dos literaturas», id., p. 435.

⁵⁶ Al tiempo que disertaba sobre «literatura proletaria», Vallejo establecía distingos entre tres tipos de arte: el arte revolucionario (cualquier arte auténtico), el arte socialista (en el sentido ampliamente humano que vemos ahora) y el arte bolchevique (el de mera «propaganda y agitación», como el que censuraba en Maiakovsky) («El arte y la revolución», passim).

⁵⁷ Capítulo «¿Existe el arte socialista?», en *El Arte y la Revolución*.

⁵⁸ «Carta de París», en *Desde Europa*, p. 57.

⁵⁹ «La responsabilidad del escritor», id., p. 446.

⁶⁰ El artículo «Hispanoamérica y Estados Unidos ante el Tratado nipo-alemán-italiano», id., p. 447.

⁶¹ Capítulo «Función revolucionaria del pensamiento», en *El Arte y la Revolución*.

⁶² «Alejarse! Quedarse! Volver! Partir! Toda la mecánica social cabe en estas palabras».

«poeta socialista» —«*temperamentalmente socialista*», en «su manera de ver una estrella, de comprender la rotación de un carro, de sentir un dolor, de hacer una operación aritmética, de levantar una piedra, de guardar silencio o de ajustar una amistad»—,⁶³ su más viejo compañero y el único realmente *íntimo*, poeta a secas el cual, ya en 1917-18, debía los versos de *El pan nuestro*, *La cena miserable*, *Agape* y que, ahora iba a ayudarlo a dejar constancia anticipada del extremo de su *agonía*, de repente consubstanciada con la *agonía* de España.

«El artista, según Marx, para que su obra repercuta dialécticamente en la Historia, debe proceder con riguroso método científico y en pleno conocimiento de sus medios. De aquí que no hay exégeta mejor de la obra de un poeta como el poeta mismo. Lo que él piensa y dice de su obra, es o debe ser más certero que cualquier opinión extraña».⁶⁴ Según Marx. Mas según Vallejo, cuando leía a Marx sin confesarse todavía marxista: «Como hombre, puedo simpatizar y trabajar por la revolución, pero como artista no está en las manos de nadie ni en las mías propias el controlar los alcances políticos que pueden ocultarse en mis poemas».⁶⁵ De hecho, entre el Vallejo pre-marxista y el Vallejo marxista no media tanta diferencia. El primero: «Si el artista renunciase a crear lo que podríamos llamar las nebulosas políticas en la naturaleza humana, reduciéndose al rol, secundario y esporádico, de la propaganda o de la propia barricada, ¿a quién le tocaría aquella grande taumaturgia del espíritu».⁶⁶ El segundo: «En el poeta socialista, el poema no es un trance espectacular, provocado a voluntad y al servicio de un credo o propaganda política, sino que es una función natural y simplemente humana de la sensibilidad».⁶⁷

Lo más probable es que, cuando, a principios de septiembre de 1937, optó por recluirse definitivamente en *poesía* como otros se recluyen en *religión*, Vallejo no volvió a interrogarse sobre la «correspondencia» que existía entre «arte» y «política». Sus notas *Del carnet de 1936/37 (¿1938?)*⁶⁸ muestran que, si, por un lado, quedaba atento a «lo que pasaba en España», lo que solicitaba su atención eran pequeños hechos, anécdotas reveladoras de lo *singular* del hombre: de *este* o *aquel* hombre, «individuo», «señor», «animal», «hombre al fin»; y que, por otro lado, mientras seguía apuntado cualquier idea de «diálogo»,⁶⁹ podía reiterar: «¡Cuidado con la substancia humana de la poesía!», el único interrogante que lo apremiaba era el «del proceso de creación de un poema», para el cual tenía que encontrar nueva solución cada día.

«Llegamos al cementerio recitando mi verso *Ser poeta hasta el punto de dejar de ser-*

⁶³ Capítulo «Ejecutoria del arte socialista», en *El Arte y la Revolución*.

⁶⁴ Capítulo «El caso Maiakovsky», en *El Arte y la Revolución (reproduce «Vladimir Maiakovsky», artículo recogido en Desde Europa, p. 412)*.

⁶⁵ «Literatura proletaria», en *Desde Europa, p. 305*.

⁶⁶ «Los artistas ante la política», *id.*, 255.

⁶⁷ Capítulo «Ejecutoria del arte socialista», en *El Arte y la Revolución*.

⁶⁸ La responsable por el título es Georgette Vallejo, quien, no menos curiosamente, repartió esas notas entre *Contra el Secreto Profesional* y *El Arte y la Revolución*, cuando las entregó para su publicación a la editorial *Mosca Azul de Lima*, en 1973.

⁶⁹ De diálogo teatral: desde 1928, y sobre todo desde 1930, el teatro había pasado a ser un tema permanente de su reflexión.

lo⁷⁰ y el otro *La cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre*:⁷¹ la más larga, con mucho, de las notas del mencionado *carnet* lleva fecha del 7 de noviembre de 1937 y refiere «una visita al cementerio»,⁷² en compañía de Georgette, con el esquema de la «conversación» entre los esposos y, asimismo, de los «pensamientos» particulares del poeta: «Pienso en mi gato que, sentado en la mesa, intervino en un poema que yo escribía, deteniendo con su pata mi pluma según el curso de mi escritura. / Pienso luego en Verlaine y su poema a su Yo. —¿Es mejor decir yo? O mejor decir «el hombre» como sujeto de la emoción —lírica y épica—. Desde luego, más profundo y poético, es decir yo —tomado naturalmente como símbolo de *todos*—».

Importa la fecha, pues señala un día, por así decirlo, robado por Vallejo «al tumulto verbal que se había abierto camino a través de su persona» y lo tenía sumido en una «introversión cerradísima» (*AV*, 11, p. 135 y p. 225) que —como sabemos— tuvo por efecto que ni una vez, a partir de agosto, buscara a Larrea, ni siquiera «para enterarse de cómo se pensaba en los medios oficiales, según les ocurría a Jacques Lipchitz y Luchó Vargas» (*sic*) (*id.*, p. 225) y se limitara a cambiar con él «unas pocas frases» y a dirigirle una mirada «rara» (*id.*, p. 159) la vez que «se cruzaron» en la alameda de un jardín público.

De acuerdo con el relato de su *carnet*, ese día Vallejo lo vivió serenamente, nada «fuera de sí» ni en estado «de enajenación indescriptible» (*id.*, p. 158). Suponemos que fue en la misma noche que experimentó, junto a Georgette, aquel momento de excepcional felicidad que, al otro día, 8 de noviembre, registró en los versos de *Palmas y Guitarra*:⁷³ «Hoy mismo, hermosa, con tu paso par / y tu confianza a qué llegó mi alarma / saldremos de nosotros dos a dos...»

Iba, luego, a reiniciar, para no interrumpirlo más hasta perder «el párrafo», «el corchete deísta», «la forense diéresis», su obstinado monólogo, tanto como *agónico*, *agnóstico*, con sus raptos de «frenética armonía» en pos de «la activa, hormigueante eternidad» —«Se amarán todos los hombres... / Sólo la muerte morirá...»—. Había renunciado a todo. Aceptaba que cayera España. Mientras *estuviera*, «al centro, y a la derecha / también, y a la izquierda, de igual modo», seguiría siendo *poeta*, alguien para quien «la palabra justa», en verdad, sólo podía darse «al son de un alfabeto competente». A otros les tocaba ser «suegros», «cuñados», «yernos» por «la vía ingratisima del jebe». Hacía tantos años que él soñaba con «apenas escribir y escribir con un palito / o con el hilo de la oreja inquieta», preocupado porque «(queriendo) escribir, (le salía) espuma», «(queriendo) decir muchísimo, (se atollaba)», o porque «después de tantas palabras», nada lo aseguraba de que «(sobreviviera) la palabra».

⁷⁰ Verso ausente del actual corpus poético vallejiano. Dicho sea de paso, el párrafo delata que, si bien escribió la mayor parte de sus versos «a hurtadillas» de su mujer, Vallejo le daba a conocer algunos que, después, se complacía en «recitar» con ella.

⁷¹ Verso final de «Por último, sin ese buen aroma sucesivo».

⁷² El cementerio de Montrouge, donde estaba enterrada la madre de Georgette, en una tumba que poco después recibiría también el «cadáver» de Vallejo.

⁷³ Véase más arriba: nota 19.

V

Remonté hasta la «tarde» lejana del Trujillo de 1915 en que, al enterarse de la muerte de su «hermano Miguel» en Santiago, Vallejo transmutó su dolor en los versos de *Campanas Muertas*, el primer poema suyo que vendría a ser publicado.⁷⁴ Se trata de un soneto, decididamente *mortuario*, pero, también, producto de la estética *modernista*, que el autor estuvo asimilando mientras ordenaba su trabajo académico sobre *El Romanticismo en la Poesía Castellana*. Hasta el final, Vallejo abogará por la *sinceridad* del poeta; el ejemplo de C.M. manifiesta que, desde su inicio en la *vía poética*, supo que *poéticamente* lo más *sinceramente* vivido tenía que adecuarse a un *lenguaje*, o mejor dicho hacerse de un *lenguaje* que le esté adecuado.

En 1918-19, *Los Heraldos Negros* no ocultarán su «aristocrática filiación modernista».⁷⁵ Con todo, no más de uno o dos de los poemas del libro serán poemas *modernistas* stricto sensu: fraguados «bajo el gran sol de la eterna Harmonía», «el divino imperio de la música».⁷⁶ Darío, del que Vallejo conocía de memoria muchos versos y que consideraba como el único maestro de su generación en las dos *orillas* de la Hispanidad, pudo padecer «la conciencia espantable de nuestro humano cieno / y el horror de sentirse pasajero, el horror / de ir a tientas, en intermitentes espantos, / hacia lo inevitable desconocido», siempre anduvo —«sin rumbo y a tientas», «bajo tempestades y tormentas»— ciego de ensueño y loco de armonía».⁷⁷ Antes de conminar a los *suyos*, en *Trilce*, a que rehusen «posar las plantas / en la seguridad dupla de la Armonía», «la simetría a buen seguro», Vallejo, en *Los Heraldos Negros*, había dimitido de asistir en sus «oficios» a los «brujos azules» de la «nave sagrada», en la que la joven se le apareció, entre «altas sombras», Darío pasando «con su lira enlutada».

En primer lugar, él se apropió, junto a las de Darío, las *lecciones* de Herrera y Reisig, el modernista *otro*: el de una armonía *epiléptica*. Luego descubrió, paralelamente a la variedad de formas que le ofrecía la herencia en sí compuesta del *modernismo*, la posibilidad de usar de ellas fuera de toda *lógica* modernista, como medio para alcanzar fines expresivos que nunca contemplaron ni Darío ni Herrera y que tampoco sospechaba ninguno de sus incontables epígonos. La etapa siguiente ocurrió cuando, en 1918, en Lima, Vallejo revisó y corrigió para su publicación en volumen los poemas que trajera de Trujillo y que, en parte, habían salido, en la estela de sus «tristes bronces» primiciales, en diferentes periódicos del Norte.

Si tuviera que marcar una segunda fecha: después de la de su admisión al servicio de la Musa,⁷⁸ la del día en que invirtió en su servicio una voz cuyos acentos ya no debían nada a nadie, yo optaría por aquel día en que resolvió substituir la tercera estrofa del poema a la vez homónimo y primero de su primer poemario, tachó:

⁷⁴ En *La Reforma*, el periódico dirigido por A. Orrego. Anteriormente, sólo había dado alguna que otra estrofa meramente didáctica en *Cultura Infantil*, la *revistilla* del Centro Escolar en el que trabajaba como preceptor.

⁷⁵ J. M. Oviedo, César Vallejo, Editorial Universitaria, Lima, 1964.

⁷⁶ Darío, «Pórtico» (en *Prosas Profanas*) y Prefacio al *Canto Errante*.

⁷⁷ Darío, «Nocturno I» y «Melancolía» (en *Cantos de Vida y de Esperanza*).

⁷⁸ «Con paso innumerable sale la dulce Musa, / y a ella van mis ojos...»

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que *traiciona el Destino*.
Son esos rudos golpes las explosiones súbitas
de alguna almohada de oro que funde un sol maligno.

y escribió:

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del homo se nos quema.

No vuelvo sobre lo que —según confesión propia— sufrió Vallejo, una vez publicados *Los Heraldos Negros*, para honrar la «desconocida obligación sacratísima» que sintió «gratificar sobre sí»: «¡la de ser libre!». Fueron los años de *Trilce*. No obstante la poca estima que le merecerían, a partir de su viaje a Europa, las *vanguardias*, y más que todo la inmensa mayoría de los *vanguardistas*; Vallejo, entonces, vivió como nadie la experiencia que, en los campos del arte, simultáneamente define la *vanguardia* y señala el paso de lo *moderno* a lo *contemporáneo*: experiencia de una *ruptura* que, de acuerdo con lo anticipado por Mallarmé,⁷⁹ cuestionaba la relación tradicional entre la *obra* y el *autor* de la obra, y —para atenernos al *libro*— denunciaba «la influencia del libro sobre el que lo escribe, en cuanto lo escribe».⁸⁰

Si, escribiendo *Trilce*, él se asomó a «bordes espeluznantes», temeroso de que peligrase «su pobre ánima viva», fue porque, de pronto, se le reveló que la *sinceridad* a la que quería sujetar su *poesía* no era nada que existiera en él previamente al contorno que llegaría a darle. *Elle n'allait pas de soi*. Tenía que *inventarla* y, para tal, hacer que «el arco de su frente» ganara «su más imperativa fuerza de heroicidad».⁸¹ Mal que le pesase, era y seguiría siendo, si quería cumplir con su *obligación* «de hombre y de artista», un poeta de su tiempo: *sujeto* problemático de un *lenguaje* igualmente problemático. *Sincero* en la medida en que, perdida la *inocencia*, admitía, con la *lucidez* que así acababa de adquirir, que sólo sería a costa de un esfuerzo perseverante hasta lo *heroico* que daría pruebas de *sinceridad*.

Uno de los dos poemas que, en 1927, desde París, Vallejo mandó a L.A. Sánchez para ser publicados en *Mundial* llevaba como título: *Actitud de excelencia*.⁸² Le advertía a su corresponsal: «Aún cuando se me ha solicitado poemas continuamente, mi voto de conciencia estética ha sido hasta ahora impertérrito: no publicar nada, mientras ello no obedezca a una entrañable necesidad mía, tan entrañable como extraliteraria». En realidad, *Actitud de excelencia* y el otro poema de la misma fecha serían los últimos que saldrían a la luz pública en vida de Vallejo, por más que L.A. Sánchez se preciara de haber recibido, en 1930, tres más, también «estremecidos», y destinados a la revista *Presente*, donde no han dejado huella.

⁷⁹ «Sentí síntomas inquietantes causados por el solo acto de escribir».

⁸⁰ Del Diario de André Gide, con referencia a su Tentativa Amorosa (citado por Maurice Blanchot, El Espacio Literario).

⁸¹ De la carta de Vallejo a Orrego cuando la publicación de *Trilce*.

⁸² Figurará en la edición príncipe de *Poemas Humanos*, ligeramente modificado, como: *Altura y pelos*.



Cabalmente, poco antes de su segundo envío a Sánchez, entre un artículo sobre «la verdadera situación de Rusia» y otro sobre «pacifismo capitalista y pacifismo proletario», Vallejo se interesaba por «la nueva poesía americana»,⁸³ aprovechando para terciar en el debate levantado por Huidobro⁸⁴ relativamente a la *traducibilidad* de la poesía. Algunos de los conceptos que recoge su artículo atañían a la propia esencia del poema y, con nueva disposición, conformarán el capítulo «Electrones de la obra de arte» de *El Arte y la Revolución*: «Lo que importa principalmente en un poema es el tono con que se dice una cosa, y secundariamente lo que se dice. [...] Se olvida que la fuerza de un poema arranca de la manera con que (en él) se disponen y organizan artísticamente los materiales más simples y elementales de su obra. Y el material más simple y elemental del poema es, en último examen, la palabra, como lo es el color en la pintura».

Cualesquiera que fuesen las reflexiones que le inspiraba la suerte del «pensamiento revolucionario» o de la «literatura proletaria», el problema que más *intrínsecamente* le atañía, ligado a su condición de *poeta* era de orden *lingüístico*: «Si a un poema se le amputa un verso, una palabra, una letra, un signo ortográfico, muere»; «Cada poeta forja su gramática personal, su sintaxis, su ortografía, su analogía, su prosodia, su semántica. Le basta no salir de los fueros básicos del idioma».⁸⁵ Que, paralelamente, no dejó de plantearse, hasta lo último, el problema del *sujeto* del *lenguaje* de la *poesía*, lo confirman las líneas, fechadas en 7-XI-37, que cité más arriba, acerca de la intervención de su gato en «el curso de su escritura» y, directamente, del «sujeto de la emoción —lírica y épica—».

Para entonces, ya tenía compuestos más de los tres cuartos de los versos correspondientes al gran trance creador de su postrer otoño. No podía más dudar que, sobreviviendo *la* palabra, sobreviviría *su* palabra: incontables veces, cuando «quería escribir», le había «salido espuma»; su repetido «atollarse» no le había impedido lograr «decir muchísimo». Sólo le faltaba, para «arrequintar» «los dos tomos de la Obra», reconocer como «sermón de la barbarie» el «intenso jalón» de «sus papeles»:⁸⁶

¿Para sólo morir, / tenemos que morir a cada instante?

y:

Pupitre, sí, toda la vida; púlpito, / también, toda la muerte!

Negué la calidad *única* de Vallejo, tan *parcialmente* defendida por Larrea, en la doble acepción de *parcial*. Quien me ha acompañado entenderá que era la condición para poder más ahincadamente afirmar su calidad *singular*, que comparte con un grupo mínimo de *contemporáneos*, cada cual exclusivo de sus pares, y, no obstante, o por eso,

⁸³ Los tres artículos en Desde Europa, respectivamente pp. 362-4, pp. 381-2 y pp. 371-4.

⁸⁴ Una vez más, contra la posición de Huidobro.

⁸⁵ El Arte y la Revolución, passim.

⁸⁶ En Sermón sobre la muerte. Como se sabe, después de concluirlo, el 8 de diciembre de 1937, Vallejo cerró su taller poético, que no reabría, intermitentemente, sino para alguna enmienda, uno que otro añadido y la ordenación de su poemario español.

dadas las características de la época, ligado a ellos —juntos «coentrañados con el significado del siglo que incluye su biografía»— (PCB, p. 9).

Nombraré a Breton, el primero que, Larrea mediante, tuve la oportunidad de equiparar a Vallejo, siendo que, además, ambos, a pesar de cuanto los separó, pertenecieron a una *izquierda* de la poesía. Más arriba, nombré a Pessoa, cocelebrado hogaño, en uno y otro Mundo, en igualdad con el autor de *Trilce*;⁸⁷ nombro ahora a Pound, para que al lado de Pessoa integre aquella *derecha* de la poesía que corresponde a la *izquierda* formada por Vallejo y por Breton. No es, por cierto, casual, que reunidos —Vallejo y Breton, Pessoa y Pound— representen parejamente los dos Mundos constitutivos de nuestro «horizonte cultural», ni que cada uno sea el intérprete de uno de los cuatro idiomas comunes a esos mismos Mundos.

André Coyné

⁸⁷ En el sentido al que aludí en relación con Vallejo: que, tráfugos de la vanguardia, confrontados con lo problemático del lenguaje así como del yo poético, despreciando «las preguntas sin respuestas, que son el espíritu de la ciencia y el sentido común hecho inquietud», no se han excusado de captar, hasta donde les cabía, «las respuestas sin preguntas, que son el espíritu del arte y la conciencia dialéctica de las cosas» (Contra el secreto profesional).